

quistar la corona imperial, no se habían realizado. Cuando en 1087 regresó a Alemania, encontró allí con un movimiento que debía ser para él un nuevo apoyo y que podía atraer a su causa a la Iglesia alemana; y adhiriéndose a este movimiento, puso de manifiesto la diferencia que existía entre sus tendencias y las de sus adversarios romanos. La usurpadora monarquía de Hermann de Salm había aumentado los horrores de la guerra civil en Alemania; la guerra de todos contra todos había estallado con sus inmensos desastres en aquel pobre reino y amenazaba acabar por completo con su bienestar, que tanto había ya sufrido. Lo que más padecía

era naturalmente la propiedad eclesiástica, pues fuera cual fuese el partido que un obispo abrazara, podía tener por seguro que sus bienes habían de ser devastados por los proslitos del partido contrario. El imperio, como tal, ninguna protección podía darles, pues aun cuando Enrique no se hubiese encontrado ausente en Italia, la revolución de 1077 había privado a la monarquía de todos los medios de imponer la paz: por culpa de los mismos príncipes, la monarquía se hallaba imposibilitada de llenar su primera y principal misión. En tan crítica situación, acogióse de nuevo la Iglesia a las ideas que en otro tiempo habían salido de Clugny y se



Parte del tapiz de Bayeux.

Los normandos, preparando una expedición marítima, llevan al hombro y en carros armas y víveres al punto de embarque. En el trozo inferior están ya cargados los barcos, con la gente y hasta los caballos a bordo, faltando solo los caballeros, que llegan montados en sus corceles al punto de embarque

preparó a lograr, por medio de la autoridad divina concedida a la Iglesia, lo que no podía hacer el Estado. La tregua de Dios, que en otro tiempo y en circunstancias igualmente deplorables había salvado a Borgoña, fué introducida en Alemania a la sazón, es decir, cuando se había borrado ya el recuerdo del sublime ofrecimiento de paz que había hecho Enrique III. Algunos servidores de la Iglesia procuraron enmendar las faltas por esta cometidas, empezando por la Lorena, cuyo obispo Lutich hizo publicar, en 1081, en su diócesis la tregua de Dios, con tan buena suerte que muy pronto su ejemplo tuvo muchos imitadores. Esta tregua favorecía los intereses del monarca y por esto Enrique apoyó con todas sus fuerzas las tendencias pacificadoras. En medio de una terrible revolución que amenazaba acabar con el orden del Estado y el social de Alemania, el episcopado recobró su preponderancia y se convirtió en representante de una política moderada y basada en fundamentos morales y religiosos

que había de ser de saludable importancia. Y como esta política estaba en abierta contradicción con la de la curia romana, que había producido y seguía fomentando el malestar y el descontento, el episcopado alemán se encontró, bajo otro punto de vista, ligado con la monarquía, y a pesar de la gran lucha político-religiosa, que aun duraba, tomó firme posición en un terreno en el cual podía unir a los esfuerzos del rey sus nobles esfuerzos en pro del bienestar de la nación. En 1083, el arzobispo Sigiwin de Colonia publicó en su diócesis la tregua de Dios, de Lutich, y encargó a todo el pueblo que cuidara de su ejecución y cumplimiento. Esto hizo que aquel poderoso movimiento adquiriera un carácter democrático, apareciendo entonces más manifiesto el antagonismo que existía entre el pueblo y la salvaje conducta de los príncipes y de la nobleza caballeresca. Estas circunstancias mostraban claramente a Enrique la actitud que debía adoptar en aquel asunto: la tregua de Dios organizaba los

elementos que hasta entonces le habían servido de principal apoyo en la lucha contra la Iglesia y contra los príncipes, es decir, las poblaciones de las ciudades del Rin y los aldeanos de Suabia y de Franconia, con cuyo auxilio había librado sus batallas contra la aristocracia rebelde, y cuya lealtad hacía el monarca y el reino se había demostrado más de una vez con costosos sacrificios. Al unirse incondicionalmente a este movimiento, que promovieron los obispos con el objeto de atender a la conservación de la Iglesia, encontró Enrique medios y camino para cumplir los grandes deberes en los cuales se apoyaban, según las antiguas ideas alemanas, todavía subsistentes, el derecho y la importancia de la monarquía. Enrique fué lo que debía ser un rey alemán, guardador

de la paz, apoyo de los oprimidos y protector de los perseguidos.

Esto no solo redundó en beneficio suyo sino en el de la monarquía sálica, porque así pudo Enrique proseguir con mayor energía la lucha contra sus adversarios religiosos.

En mayo de 1085, celebró un concilio en Maguncia, que reprodujo la destitución de Gregorio VII, entonces moribundo, y reemplazó a los obispos gregorianos con contra-obispos imperiales. En él se anunció también para la diócesis de Maguncia la tregua de Dios de Sigiwin de Colonia, con la cual vióse libre de los horrores de la guerra civil otro extenso territorio. La muerte de Gregorio y la vacilación que debilitó la fuerza activa de la curia romana, privada de cau-



Copia de una miniatura de un manuscrito del siglo XIII, que representa un escritor y un pintor. El original se conserva en Praga

dillo, fueron asimismo favorables a la situación del emperador. El rey usurpador, Hermann de Salm, vió disminuirse cada día más su partido, y a pesar de una victoria que en el verano de 1086 consiguió sobre Enrique en Bleicgfelde, en 1087, cansado y descorazonado, renunció la corona, y falleció en 1088. Ya no se consiguió entonces nombrar un nuevo rey, pues el rudo Ekberto de Brunswick, que aspiraba al dudoso honor de ocupar el trono, por más que su carácter disputador disgustaba aun a los más terribles adversarios de Enrique, fué vencido y muerto en un desafío que tuvo en el verano de 1089. Las cosas tomaron, pues, un sesgo altamente favorable a Enrique. Gracias a la tregua de Dios reinaron de nuevo en muchas partes de Alemania un orden y una tranquilidad de que hacía muchos años no se había gozado, y bajo cuya benéfica influencia renació el bienestar en las ciudades y en los campos.

Entretanto, Urbano II se esforzaba, cada vez con mayor celo, por destruir en otros territorios las ventajas que Enrique conseguía en Alemania, tratando sobre todo de reanudar la debilitada alianza entre los adversarios del emperador en Italia y en Alemania para dar a la Iglesia la seguridad, que en cierto modo se encontraba en peligro a consecuencia de

la muerte de Roberto Guiscardo, que en una expedición contra los griegos había fallecido pocas semanas antes de morir Gregorio VII. Este fin parecía haberlo conseguido el papa cuando logró inducir a la marquesa Matilde de Toscana a contraer un matrimonio muy desigual y solo provechoso a los intereses de la Iglesia con el joven hijo de Welfo III, duque de Baviera; con cuyo enlace la poderosa casa de los Welfos fué en Alemania y en Italia al propio tiempo el adalid de la Iglesia. Este acontecimiento pareció al emperador tan peligroso, que en 1091 se dirigió a Italia para vencer y dominar a la potencia toscana. La suerte, sin embargo, no le fué propicia, porque si bien consiguió, después de once meses de sitio, la rendición de la fuerte Mántua, en cambio sufrió en 1092 en Canosa una derrota que le obligó a refugiarse en la leal Lombardia. ¿Pero qué significaba este fracaso comparado con los rudos golpes que entretanto le había preparado la perfidia de su adversario pontificio y que no tardaron en alcanzarle? La traición se había anidado entre los mismos que más de cerca rodeaban a Enrique, y aquellos a quienes más quería no solo se separaron de su servicio sino que se levantaron abiertamente contra él y procuraron por todos los medios posibles su perdición. Su hijo Conrado, su de-

signado sucesor, abandonó a su padre durante la Pascua de 1093, y Matilde de Tuscia y sus consejeros fueron los que mas se alabaron de haber realizado esta hazaña para mayor honra de Dios y de su santa Iglesia. La mayor parte de las ciudades lombardas se unieron al hijo rebelde: en todas partes, levantóse con nueva confianza el partido pontificio y pronto comprendió el emperador que su situación en Italia era insostenible. Este golpe pareció postrar por completo a Enrique, el cual, dudando de todo, pensó en poner fin a su miserable existencia, intento de que al fin le disuadieron las ardientes exhortaciones de los suyos. Peor fué todavía lo que supo despues. Cuando comenzó la lucha con Gregorio VII, había tenido en su esposa Berta de Susa, a quien no amaba, una compañera leal y dispuesta al sacrificio, cuyas pruebas de cariño habían logrado vencer poco a poco su antipatía y encadenar por completo su corazón. La muerte, sin embargo, se la había arrebatado, y con la sucesora que le dió Enrique en la persona de la princesa rusa Adelaida ó Práxedes había introducido una nueva desgracia en su familia. El emperador tenía fundados motivos para dudar de la fidelidad de su esposa, y aun se dice que intencionadamente le proporcionó ocasiones de faltarle para tener pruebas de su culpabilidad y poder así repudiarla. Quizás coincidió con esto la enemistad cada vez mayor entre padre é hijo, pues algunos indicios demuestran que el rey Conrado era precisamente el cómplice de la adúltera esposa. Esta entabló relaciones secretas con Matilde de Tuscia, y cuando consiguió huir de la cárcel en que Enrique la había sepultado, el esposo de Matilde, el duque Welfo, fué quien la esperó y quien la condujo al lado de su mujer, dispensándole todos los honores debidos a una verdadera emperatriz. Y no bastó con esto, sino que además las confesiones de Adelaida relativas a su adulterio, las cínicas manifestaciones que hizo acerca de lo que Enrique había contribuido a él,—enmarañado tejido de mentiras y verdades, de cinismo y de arrepentimiento,—fueron publicadas ante el universo entero para acabar de perder por completo al emperador, representado como inmundicia de una sociedad humana de la cual debían separarse con asco todos los que conservaran un resto de pudor y de decencia. El suelo en que cayeron estas revelaciones era demasiado fértil: la sociedad aficionada al escándalo se apoderó con fruición de las asquerosas historias que arrastraban por el cieno los asuntos íntimos de la corte imperial y las creyó como artículos de fe, pues todas aquellas abominaciones parecían garantidas por la autoridad de la Iglesia, que hizo a aquella abyecta mujer objeto de un culto parecido al que se concede a una mártir.

Por muy bien templado y endurecido que se sintiera el ánimo de Enrique a consecuencia de tantos años de lucha, llegaronle a lo más íntimo de su alma estos dos golpes que le asestaban sus mortales enemigos. Sin embargo, volvió rápidamente en sí para defender la causa de la monarquía; y su audaz perseverancia consiguió todavía que la fortuna acompañara durante breve tiempo sus banderas. Cierta que Italia podía darse por perdida, despues de esta última catástrofe, y que la situación de Wigberto era insostenible, como así lo comprendió él mismo pensando en renunciar su puesto; pero en cambio las cosas ofrecían mejor aspecto en Alemania. La alianza contraída por consideraciones meramente políticas entre la casa de los Welfos y la marquesa tuscia acabó por deshacerse: Welfo hizo las paces con el emperador y recobró la Baviera. El zähringo estaba también cansado de la lucha por la Suabia, así es que reconoció a Federico de Hohenstaufen como su duque, siendo indemnizado con un nuevo ducado que se formó con una parte de la Suiza occidental y el territorio de Zurich. Alemania, hartó ocupada

consigo misma, no tomó parte alguna en la primera cruzada que entonces se comenzó; pero el alejamiento de los elementos perturbadores que salieron de Alemania para concurrir a aquella grande aventura de Oriente, fué una ventaja para Enrique y de ella salieron beneficiados cuantos hacían incansables esfuerzos en pro de la paz. No sin razón se ha calificado de falta política el hecho de que Urbano II renunciara a los proyectos de Gregorio VII y dirigiera hacia los Santos Lugares las fuerzas militares de Italia y de Francia, pues en presencia de esta nueva lucha, que interesaba a todos los corazones, perdió en interés é importancia la que se sostenía contra Enrique. Además, aquella expedición privó a la curia romana de un gran número de fuerzas que hubieran podido concentrarse contra el emperador. A los ojos de algunos, la continuación de la guerra contra Enrique se presentó entonces como una injusticia de Roma que quitaba poderosos recursos a la santa expedición y podía quizás comprometer su éxito.

De esta circunstancia supo aprovecharse Enrique IV con tanta habilidad como suerte. En 1098 hizo que los príncipes desposeyeran del derecho de sucesión a su rebelde hijo Conrado, que se había casado con una hija de Roger de la Pulla, que no había obtenido de la Iglesia el premio esperado por su deserción y que se sentía ya atormentado por los remordimientos; este joven extraviado murió en 1105. En su lugar fué nombrado sucesor Enrique, hijo segundo del emperador, a quien se coronó en enero de 1099. Poco tiempo despues (setiembre de 1100), falleció Wigberto de Rávena, a pesar de lo cual no pudo llegarse a una inteligencia con la Iglesia, sino que, por el contrario, Enrique IV hizo nombrar varios antipapas, que si bien se sostuvieron por algun tiempo en San Pedro no pudieron obtener, a consecuencia de la corriente religiosa en aquella época preponderante, un completo reconocimiento y contribuyeron por el contrario a aumentar el desórden y a enardecer el apasionamiento de la lucha. La muerte de Urbano II, acaecida en 29 de julio de 1099, en nada varió la situación de las cosas, pues su sucesor, Pascual II, heredó el odio contra el emperador y continuó con gran energía los esfuerzos para lograr su ruina. A diferencia, sin embargo, del diplomático y prudente Urbano II, Pascual II procedió con dureza y violencia, y sin darse punto de reposo, procuró crear al emperador nuevos enemigos. El día de Jueves Santo del año 1103 renovó la excomunión contra Enrique, por haber este «desgarrado la túnica de Cristo, es decir, por haber devastado la Iglesia con robos é incendios y haberla manchado con escándalos, perjurios y asesinatos.» Todos los que procedían contra el emperador, aunque apelaran a los medios mas repugnantes, podían contar con las alabanzas y las bendiciones pontificias. Así lo supo por experiencia, con gran asombro de los contemporáneos y con gran horror de los que profesaban ideas verdaderamente religiosas, el conde Roberto de Flandes, ladrón é incendiario que comenzó una lucha cruel contra el obispo de Cambray, adicto al emperador. Estos acontecimientos hicieron ver claramente a muchos la verdadera naturaleza de los enemigos de Enrique y dieron luz mas favorable a los nobles esfuerzos que hacía el emperador para conseguir el restablecimiento del órden. Fué un grande y brillante triunfo para Enrique la extensión a todo el imperio de la obra de paz, a que se había consagrado desde su regreso de Italia con la cooperación de los obispos que habían proclamado la tregua de Dios. Entonces, a principios de 1103, los príncipes laicos y eclesiásticos, reunidos en Maguncia con el emperador, convirtieron en paz general para todo el imperio las paces parciales que se habían proclamado en algunas diócesis, y todos ellos en unión del emperador se obligaron, bajo promesa solemne, a

observar esta paz durante los cuatro siguientes años. Enrique, siguiendo el ejemplo de su padre, prometió perdonar a todos los que habían hecho armas contra él; y el brutal conde de Flandes, derrotado por las tropas imperiales, se vió obligado a someterse.

De este período hace con elocuentes palabras un entusiasta descripción el piadoso biógrafo de Enrique (1): «El mandamiento de paz decretado en Maguncia fué tan útil a los humildes y a los buenos como perjudicial para los malos y para los poderosos: a aquellos les proporcionó riquezas, para estos fué causa de hambre y de miseria. Los que hasta entonces habían destinado sus bienes a reclutar guerreros y sobrepajar en brillante séquito a los demás vieron vacías sus cocinas y sus bodegas en cuanto se les privó de la libertad del robo. El que antes cabalgaba sobre un caballo cubierto de espuma, tenía entonces que darse por contento si podía montar un rocín de campo. El que antes no había podido presentarse sino cubierto de púrpura, sentía gran placer en poder vestir una sencilla túnica y con gozo se reemplazaban las espuelas de oro por otras de hierro. La necesidad hizo que se abandonaran las costumbres pervertidas por la frivolidad y la molicie y que se volviera a la antigua sencillez. El mercader cruzaba tranquila y cómodamente con sus géneros los caminos y los rios, viendo recompensado su trabajo y logrando bienestar, al paso que antes todo era miseria, producida por el saqueo y el bandolerismo de los señores feudales. De esta suerte, con las bendiciones de la paz pagó el emperador Enrique a sus enemigos todo el mal que le habían hecho.»

Entonces pudo esperar Enrique que su suerte experimentaría un cambio favorable: las maldiciones de Pascual II se estrellaban impotentes ante su fuerte situación; los príncipes laicos y eclesiásticos del imperio le ayudaban en su tarea de hacer olvidar las tristes consecuencias de tantos años de guerra civil y de hacer prosperar nuevamente el bienestar de los ciudadanos y labradores. Millones de seres poseídos de júbilo y gratitud contemplaban al emperador, que había llegado a ser el refugio de la paz y le bendecían como dispensador de su nuevo bienestar y de su prosperidad. Enrique se sintió entonces tan fuerte que pensó en hacer una expedición a los Santos Lugares y quiso ocupar el sitio que le correspondía como caudillo de los ejércitos del Occidente cristiano en la lucha contra los infieles. Este era ciertamente el camino mas seguro para desarmar por completo a sus adversarios y para demostrar a todo el mundo que la irreconciliable hostilidad que hacía él había manifestado la Iglesia no obedecía a causas religiosas, sino que tenía su fundamento en otros motivos y que en el fondo de aquella lucha solo se trataba de una agresión violenta del pontificado contra los derechos del imperio. Pero entonces se preparaba precisamente la catástrofe definitiva para Enrique, que no solo le aniquiló personalmente sino que puso en gran apuro la causa que tan enérgica y por fin tan felizmente había defendido y a sus partidarios, que entonces comenzaban a respirar.

Si hemos de dar crédito al biógrafo de Enrique, lo que ocasionó su ruina fué precisamente la paz general del imperio, es decir, el servicio mas grande que a este había prestado. Mientras los pequeños propietarios, los burgueses y los campesinos disfrutaban de las bendiciones de la paz; mientras la agricultura florecía de nuevo y el comercio se movía, libre de todo peligro, la miseria hacia presa en los que habían ganado con el estado de lucha hasta entonces existente y encontrado en el saqueo y la violencia la fuente de su riqueza y de su bienestar. Eran estos la nobleza laica, la gente de guerra,

que durante la última generación había combatido cada vez mas duramente a las despreciadas, oprimidas y explotadas clases productoras. Estos señores, con el progresivo robustecimiento de la paz general, perdieron lo que hasta entonces había constituido las condiciones de su existencia, vieron limitados sus recursos, sufrieron algunas veces los efectos de la miseria, tuvieron que renunciar a una fastuosa vida de príncipes, con sus vasallos y siervos, y contentarse con la modestia de un noble rural, tan opuesta a sus antiguas costumbres y tan contraria a sus pretensiones que hubo de serles cada vez mas sensible é insoportable. Los mismos círculos en los cuales había apoyado Enrique el imperio sálico hereditario y que en su interés habían conquistado poder y riquezas y habían prosperado, durante los largos años de guerra civil, a costa de la Iglesia y aun de la monarquía, creyeron amenazada su existencia por efecto de la cooperación de la monarquía con la Iglesia que proclamaba la paz. La transformación política y social que se estaba realizando debía, al parecer, modificar fundamentalmente la Alemania, aun bajo el punto de vista político, pues la masa inmensa de la plebe, de los labradores, de los industriales y comerciantes, aliada con la monarquía y protegida por la paz, debía ser en definitiva la que representara también la vida política. La consecuencia inevitable de esta situación debía ser una variación completa de las relaciones del poder en favor de la monarquía. La nobleza, que hasta entonces había decidido de la suerte de Alemania, no podía ocupar sitio alguno en un Estado y en una sociedad de tal suerte organizados, y además carecía en Alemania de los medios que en otras partes se le ofrecían para conjurar aquella crisis. Una transformación igual a la que se verificaba en Alemania se realizaba en Francia y en Italia: en esta última nación la nobleza guerrera se amoldó a la vida de ciudad y se agrupó en las municipalidades rurales, desempeñando en ellas un papel político importante, mientras que la nobleza francesa, por su parte, encontraba en las Cruzadas a Oriente un nuevo campo en que ejercer su actividad, en el momento mismo en que le era imposible ejercerla en su patria. En Alemania no sucedía ni lo uno ni lo otro: quizás de haberse llevado a cabo la cruzada de Enrique IV, la Alemania se hubiera visto libre del exceso de nobleza belicosa, como sucedió cuando ocurrió la crisis social y económica del imperio, relacionada con la gran expedición (2) que en 1102 y 1103 salió de las comarcas del Sudeste en dirección a Oriente, donde tuvo un fin desastroso. Desgraciadamente para Alemania, la Iglesia obstruyó este camino de deshacerse de las fuerzas militares sobrantes, pues en vez de apoyar el proyecto de Enrique, hizo cuanto pudo para que fracasara, a cuyo objeto se atrajo a los caballeros descontentos y los organizó para que se sublevaran contra la monarquía y contra la paz por ella establecida. Mientras el emperador, durante los últimos años, conseguía reconciliar a la mayor parte de los príncipes laicos y eclesiásticos, y mientras en sus esfuerzos en pro de la paz era apoyado cada vez mas por hombres como el noble, prudente y patriota Oton de Bamberg, la curia romana utilizaba como instrumentos para derribar al emperador los elementos de oposición que en el imperio existían. Lo mas notable fué que ambos grupos de oposición encontraron su caudillo comun en el hijo del emperador, en el rey Enrique. Pascual II, excitando al hijo a que se rebelara contra su padre, consiguió lo que en vano habían pretendido en otro tiempo Matilde de Tuscia y Urbano II con auxilio del primogénito de Enrique, Conrado.

El rey Enrique se dejó conquistar por la Iglesia, no porque participara de las ideas por esta sustentadas, sino porque

(1) *Vita Heinrici IV*, cap. 8.

(2) Nitzsch, II, pág. 120.